



Silo **y el Juego de Esferas**

Silo y el Juego de Esferas

En aquellos crueles tiempos, a fines de la vieja era – la de la desesperación – Silo y sus Amigos se levantaron en los altos montes del sur, cerca del centro del mundo.

Aquellos montes, montes gobernados por el gran Aconcagua, Centinela de la Luz, fueron el próximo eslabón en la gran cadena que ciñe y recarga a la Tierra preparándola para su próximo salto.

Allí, entre las grandes montañas, lejos de la estridencia y el hedor de las metrópolis, lejos de las ciudadelas corporativas de la humanidad, Silo y sus Amigos oyeron y sintieron los primeros temores de la gran Serpiente que despertaba, investida de oscuro poder, reptando y vomitando en las entrañas de la tierra, devorando su propio excremento. Repleta de contradicción bajo sus escamas vetustas soñó víboras de desesperación y las mandó a los sueños de los hijos no formados de la tierra, corrompiendo a tantos y tantos con su ponzoña, convenciéndolos en la inocencia de sus sueños que el temor y la codicia eran su única defensa contra la Muerte, la Pérdida y la Aniquilación.

Cuando los remezones conmovieron a la tierra Silo y sus Amigos sintieron el peligro y presintieron la crisis que, de no ser refrenada, traería muerte y desesperación a toda la humanidad.

Y hablaron entre ellos.

A su Alto Concilio convocaron a los más humildes hijos de la Tierra, para que se convirtieran en Hijos del Amanecer, Guerreros de la Luz.

Y juntos idearon un Plan en concierto con el Plan guardado en la Ciudad de lo Hecho y lo por Hacer, la Ciudad de la Luz. Elaboraron un plan para derrotar a la Muerte – plan según el cual la Serpiente y sus sirvientes serían desentrañados, destrozados; sus restos purificados y luego devueltos al polvo de la Tierra.

En la cima del mundo Silo y sus Amigos se fortificaron haciéndose maestros en el gran juego de las Esferas. Abriendo el corazón saltaron a las alturas y su espíritu despertó con regocijo al invocar en su Interior el poder de la Luz.

Eran invisibles a los ojos de la Serpiente y sus acobardados secuaces.

Pero muchos hijos de la tierra les vieron jugar y, atraídos por la alegría del juego, se sumaron danzando y cantando y riendo con deleite. Y la tierra se estremeció con la terrible y brillante Fuerza del juego.

Pronto el estremecimiento fue tal – ese estremecimiento de risas y deleite – que aun los sirvientes de la Oscuridad se sobresaltaron y quitando la vista de sus viles maquinaciones, miraron y se preguntaron qué ocurría arriba que hacía temblar el techo de su mundo. Pero estaban obsesionados por la posesión y la destrucción y creyendo ser los Reyes del Tiempo – volvieron a su carnicería y a su gula – la piel tirante en sus cuerpos atiborrados.

Arriba, a la luz del sol, Silo y sus Amigos llamaron a más y más hijos de la tierra a su juego. En los campos de Luz lanzaban las esferas a lo alto, hacia el sol; asaltando los cielos se elevaron sobre los grandes cordones montañosos, inclinándose ante el Aconcagua, Centinela de la Luz. No dejaron un solo rincón de la tierra en la oscuridad y hasta se sumieron en los Mares, partiéndolos y llevándoles la brillante música de las Esferas.

Y la Humanidad se despertó cantando, regocijándose, amándose y sus hijos brotaron de la tierra, fuertes y puros.

Más, los secuaces de la Serpiente se rechazaron entre ellos aterrados y se ocultaron bajo sus montañas de riquezas en la inmensa oscuridad de sus almas. Acaparando sus propios deshechos creyéndolos tesoros, engullendo sus propias entrañas temerosos de perder, se envenenaron y se confundieron irremediamente en sus laberintos subterráneos, tropezando con las formas inertes de unos y otros, apuñalándose en la oscuridad.

Y arriba, a la luz del sol, Silo y sus Amigos, los Hijos del Amanecer, Guerreros de la Luz, se fortalecieron de Amor y Compasión y resolvieron irrumpir en los Infiernos. Exultantes y resueltos, con puntería mortal, armados de fulgorosas espadas y destellantes esferas, se clavaron en la profundidad infernal. Allí los esperaba la Serpiente. Irguiéndose, enrolló con su enorme cuerpo a Silo y sus Guerreros hasta que sus cuerpos mutilados reventaron y fueron tragados por el vacío interminable. La Serpiente rugió vomitando llamas triunfales – pero en medio de su rugido milenario, Silo y sus Guerreros, riendo, ágiles de Luz interna, emergieron ilesos del abismo. Blandiendo sus espadas en un torbellino de Luz cercenaron los gruesos anillos de la bestia y destrozaron a las criaturas de la oscuridad. La Serpiente y sus sirvientes no formados fueron destripados, aniquilados; los hijos de la oscuridad yacieron a sus pies como humus para la nueva primavera y la renovada fertilidad de la tierra.

Silo y sus Amigos atravesaron la tierra y brotaron de ella siendo semilla, flor, sol, agua y viento, la tierra misma de los Nuevos Tiempos.

Hasta hoy los Infiernos son el sitio de la desesperación y la oscura reclusión, la ilusión y el desaliento para los sirvientes de la Desconfianza de si.

Pero aun en la oscura profundidad del Infierno existe una sola puerta de salida: la apertura del Corazón Iluminado.

– *inspirado por el Popol Vuh, mito raíz del pueblo Quiché de Guatemala*

--